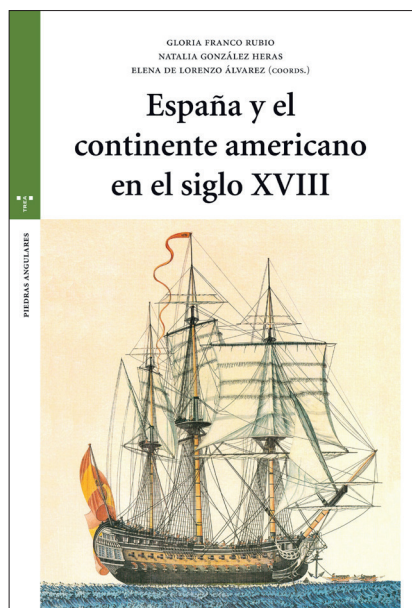


Gloria FRANCO RUBIO, Natalia GONZÁLEZ HERAS y Elena de LORENZO ÁLVAREZ (coords.), *España y el continente americano en el siglo XVIII. Actas del VI Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII*, Gijón, Ediciones Trea / Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII, 2017, 1024 págs.

En 2016, la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII, dedicó su VI Congreso Internacional al estudio de las relaciones entre España y el continente americano. Era la intención de dicha convocatoria, según puede leerse en las «Palabras preliminares» de Gloria Franco Rubio y Natalia González Heras al volumen *España y el continente americano en el siglo XVIII*, «profundizar en todos aquellos aspectos que originaban y mantenían una estrecha conexión y colaboración entre ambos mundos» (pág. 11). Paradójicamente, esa motivación iba unida al objetivo de «entender en toda su complejidad los procesos de construcción de imaginarios e identidades que desembocaron en las independencias»

(pág. 11). No es raro entonces que el libro que guarda la memoria de aquel congreso, editado por Franco Rubio, González Heras y Lorenzo Álvarez, acoja esa misma divergencia entre investigaciones que amplían el conocimiento sobre lo que durante el periodo ilustrado pasó en el ámbito de las letras, las artes, la ciencia, la política, las instituciones, los viajes ultramarinos, las relaciones personales, la censura o la opinión pública, proporcionando una información rigurosa, apoyando la argumentación en las fuentes y haciendo que las conclusiones no desvirtúen lo analizado; junto a otras aportaciones en las que la libre interpretación impide a veces ver con claridad qué sucedió, qué hicieron o qué dijeron los protagonistas del periodo. Por supuesto, en estos casos no está el problema en que el devenir de los acontecimientos venga a hacer imposible la construcción del conocimiento sobre imaginarios e identidades, o impida el discernimiento cabal de las confrontaciones sucedidas en un determinado momento histórico, en este caso algo que desborda la cronología del siglo XVIII y



desemboca en la época de influencia del pensamiento ilustrado. Más bien parece que, al ser la memoria de un congreso, no se ha aplicado un criterio selectivo. Por eso el lector se encontrará con algunos autores que reproducen en sus trabajos, con mayor o menor intensidad, prejuicios asentados en el siglo XVIII, junto a líneas de investigación tan actuales como distorsionadoras del pasado o a conceptualizaciones que no por equivocadas dejan de repetirse. Afortunadamente no son todos, ni siquiera la mayoría, y eso ya es un notable valor de este volumen, porque los estudios relacionados con América no han sido, en las últimas décadas, demasiado afortunados al no favorecerles los ángulos críticos de moda en nuestros días.

Al aparecer propuestas tan dispares, no solo en el ámbito de la literatura donde suelen ser habituales, sino también en otros campos del conocimiento como puede ser el de la ciencia, en principio menos proclive a contaminarse de novelería, habría sido bueno que las autoras de la introducción hubieran aportado una visión general y crítica, una aproximación conclusiva de los planteamientos recogidos en el volumen, antes que un recorrido temático por cada una de las aportaciones, más aún cuando esta información se proporciona, en la medida en que los resúmenes responden a la realidad de un artículo, a lo largo de cuarenta y dos páginas finales. Tal vez esa lectura analítica hubiera, además, repercutido en una edición algo más depurada de usos impropios y expurgada de erratas, tanto más molestas cuando afean trabajos de gran calidad.

El impecable trabajo de Felipe Fernández-Armesto inaugura los estudios marcando con claridad las diferencias entre los usos de la noción de «imperio» que suelen emplearse actualmente, basados en criterios geográficos de extensión o de conformación heterogénea de las comunidades que los forman, o en criterios históricos, en cuanto a su naturaleza surgida de conquistas o ligada a figuras prominentes que encarnan en su persona el mando o, incluso, y este es el caso más común cuando de América se habla, vinculados a perspectivas ideológicas en las que los imperios son o «deben ser estados fuertes, capaces de someter a pueblos sujetos o víctimas y mantener el mando, por lo menos durante cierto tiempo, frente a la resistencia de sus súbditos» (págs. 25-26). Sin embargo, ese catálogo de características no sirve, al resultar «evidente que los imperios preindustriales no eran así» (pág. 26). Fernández-Armesto ejemplifica sus juicios con un pormenorizado análisis de las relaciones establecidas, durante la segunda mitad del siglo XVIII, con los pueblos indígenas de los territorios hispánicos situados en el sur de los actuales EE.UU. Opera utilizando dos conceptos, uno el «efecto-extranjero», cuya influencia pesó sobre todo al inicio, que obligaba a algunos pueblos por razones culturales «a recibir a los extranjeros con los mejores presentes, bienes y mujeres» (pág. 36); y otro el denominado

por Bertrand Vicent «Obediencia negociada», que sostenía la permanencia de la vinculación en los intereses mutuos de un buen número de súbditos, o de sus élites, y los de las autoridades. Estos dos elementos se unen a la invitación a percibir el panorama histórico sin sectarismo, admitiendo que «El imperialismo no es un vicio blanco sino un vicio humano» (pág. 33), pudiendo así considerar de forma coherente las situaciones de enfrentamiento y dominación entre los diferentes pueblos indígenas que propiciaban sus conscientes alianzas con los españoles. Teniendo en cuenta esos tres factores, concluye advirtiendo que lo que distinguió al imperio hispánico es haber tenido un notable éxito en el mantenimiento del complejo entramado (político, económico y social) propiciador de la durabilidad de un imperio puesto que, a diferencia de Francia o Inglaterra, España «resistió por más tiempo a presiones aún más fuertes que las que acabaron con la Luisiana francesa y las trece colonias británicas» (pág. 36).

Ni que decir tiene que esta apertura deja vagando en un denso limbo a otros trabajos que, no obstante, forman parte del mismo volumen. Así el titulado «Perú como cripta: la falsa naturaleza en la novela americanista», en el que se da por supuesta la continua presencia del «trauma de la conquista» (pág. 391) en el día a día americano del siglo XVIII, por lo que resulta culposo el ocultamiento de este «nefasto origen» (pág. 391) tras los idilios de indígenas y conquistadores recreados en las novelas del periodo dieciochesco, siendo todavía más intolerable para la autora, de ahí esa cripta derridiana donde entra en ebullición todo lo silenciado, el encubrimiento de «las implicaciones ideológicas y territoriales provenientes de las uniones euro-americanas» (pág. 390). El mismo esquema de género, donde lo indígena y lo colonial pasan por el tamiz de la dominación patriarcal del sujeto femenino, guía la argumentación de «El género, el sujeto colonial, y la traducción cultural en *La quijotina y su prima* de José Joaquín Fernández de Lizardi» con el resultado de que Lizardi, que murió lamentando haber dejado a su patria liberada de toda testa coronada salvo la de la iglesia, cosa que por supuesto no se tiene en cuenta en este trabajo, termina siendo, además de como cualquier ilustrado (ni que decir tiene que según este artículo) alguien que asociaba «a las mujeres con lo indígena y su estatus social subordinado» (pág. 649), un criollo desazonado ante la «permeabilidad peligrosa del sujeto colonial que queda abierto a la mezclanza de los peores aspectos de las culturas indígena, criolla y europea» (pág. 654).

De todos modos, uno de los valores de este volumen es poder asistir al diálogo que unas entradas establecen con otras, de forma que si alguien, además de la reseñista, decide leerlo completo, verá cómo un número importante de artículos desarrollan una relación en la que se amplía el conocimiento sobre América, y su situación en la etapa ilustrada, porque lo expuesto en unas investigaciones

refuerza lo aportado en otras relativas a asuntos distintos, mientras que los planteamientos de algunos trabajos son contestados con la documentación y análisis dados por otros autores.

La investigación de Carlos Sambricio, por ejemplo, sobre las reconstrucciones de las ciudades que en la época ilustrada fueron arrasadas por fenómenos naturales o asoladas por la guerra, proporciona un riquísimo análisis de la confrontación entre los intereses locales y los planes generales guiados por las nuevas ideas urbanísticas. Si unimos el trabajo de Sambricio sobre Lima, Santiago de los Caballeros de Guatemala, Lisboa y San Sebastián, al realizado con no menor detalle por Concepción Lopezosa Aparicio sobre las conexiones entre la reforma del Prado en Madrid y las acometidas en distintas urbes de los virreinos del Río de la Plata, de Nueva España y del Perú, contemplaremos un panorama urbanístico que se resiste a responder al esquema socio-literario aplicado por Ángel Rama que tanto eco ha tendido, desde su formulación en la década del ochenta del siglo xx, en los estudios americanistas.

También resultan buenas puertas de salida de los constructos ideológicos las que proporcionan Marcelino Cuesta Alonso, sobre las mejoras de Zacatecas al aplicarse las reformas del plan de intendencias; Natalia González Heras, en su análisis de unas cartas familiares, cruzadas en la última década del siglo xviii para concertar el matrimonio entre un criollo peruano y una española de Madrid, en las que se perciben los «códigos sociales y culturales comunes» (pág. 332) que sostenía la población española a un lado y otro del Atlántico; y Ramón Maruri, dando una precisa información estadística y analítica sobre los títulos nobiliarios concedidos a los españoles europeos y americanos bajo la dinastía borbónica. Igualmente, merece destacarse la labor de Elena Almeda Molina, que atiende a los cinco vocablos sobre indumentaria que el diccionario de Terreros recoge del léxico traído de Indias, así como el viaje inverso, en lo relativo a la vestimenta, realizado por el tapado de las mujeres españolas a América, estudiado con detalle por Cinta Caterla; la de Gabriel Sánchez Espinosa, sobre los riquísimos fondos americanistas atesorados en las bibliotecas privadas de Topham Beauclerk y Thomas Crofts; la de Noelia López Souto, al estudiar la faceta de impresor de Benjamin Franklin y, a través de ella, las relaciones culturales entre los Estados Unidos y Europa; asunto que se amplía en el artículo de Elisa Martín-Valdepeñas Yagüe, esta vez ocupándose de la visión que de la pujante nueva nación dio Estala en *El Viajero Universal*; la de María Dolores Gimeno Puyol, realizando un finísimo análisis de la percepción que Félix de Azara tuvo de los indígenas americanos, tan distante de la que en Europa construyeron Raynal, de Pauw y compañía; o, en fin, la información proporcionada por María del Rosario Leal Bonmati del viaje de los cómicos hacia o desde América,

aportando el expediente de los trámites que Manuela Molina debió hacer para poder trasladarse a Puerto Rico con sus hijos; y, por supuesto, los dos excelentes análisis literarios dados por María Luisa Sánchez Mejía, sobre la utopía de Louis-Sébastien Mercier, *El año 2440*, y Begoña Lasa Álvarez, sobre el poema *Ouâbi, or the virtues of nature* de Sarah Wentworth Morton.

Otros estudios atienden a los conflictos concretos que debían afrontarse en América, así el de Mar García Arenas donde se detallan las implicaciones económicas, militares, políticas y diplomáticas que ocasionaban los enclaves de frontera. La aportación se centra en la colonia de Sacramento y contrasta el detalle con el que está trazado su análisis, con la excesivamente amplia panorámica sobre el ejército dada por Enrique Martínez Ruiz, quizá más propia de un manual que de la requerida novedad que se busca en la memoria de un congreso. En este sentido no han tenido mucha suerte los asuntos militares, más sabiendo que el congreso tenía como uno de sus objetivos atender también a la confrontación bélica que desembocó en la independencia de los territorios continentales, puesto que el de Eduardo Pascual Ramos, si bien es igualmente impecable en cuanto a la información militar dada, se desvía pronto del conflicto de las Malvinas para ocuparse, fundamentalmente, de la milicia urbana de Mallorca.

De más éxito, en cuanto al interés que parecen despertar entre los investigadores, son las cuestiones relativas a los informes y arbitrios sobre la política que España debía mantener en América y su contrario, las visiones que desde América se dieron de España. Así, los airados memoriales contra José de Gálvez enviados desde el Perú por el cántabro Juan Manuel Fernández de Palazuelo o las propuestas de Ignacio García Malo para evitar la emancipación americana, son analizados con rigor, proporcionando una contextualización precisa, por Manuel Hernández González y Felipe Rodríguez Morín, respectivamente. Por su parte, Francisco Javier Guillamón Álvarez estudia, en este caso con notable vehemencia, la «Instrucción Reservada» de Floridablanca. Bastante más deslavazada resulta la panorámica que Jorge Chauca García traza de las visiones que de España y el rey se dieron en América a lo largo del siglo XVIII. No obstante, todos ellos dejan apreciar la inquietud política del periodo y las variadas tendencias que coexistían incluso en las más altas jerarquías del Estado.

La resistencia de los asuntos americanos dieciochescos a ser estabulados de forma simplista, se aprecia en el interesantísimo trabajo que Enrique Jiménez López le dedica al eco que la rebelión de Túpac Amaru II tuvo entre los jesuitas desterrados, así como a los informes que se cruzaron Grimaldi y Floridablanca sobre las delaciones secuenciadas del jesuita Julián Nieto de Aguilera, en las que indistintamente aparecían nombres de criollos junto a los de otros miembros de la Compañía de origen español.

Lo mismo sucede de forma notoria en lo que toca a la historiografía, donde los concienzudos trabajos de Francisco Castilla Urbano, sobre la recepción de la *Historia* de Solís en medios ilustrados, y el de Eva Velasco Moreno, centrado en la traducción de la obra de Robertson, permiten ver el complejo lugar que la narración de la historia americana ocupaba en el siglo XVIII. El asunto adquirirá, además, un tono de investigación policial en el estudio que Fermín del Pino le dedica a los enfrentamientos que la persona y la obra del cosmógrafo mayor de Indias, Juan Bautista Muñoz, ocasionaron en las más altas jerarquías del gobierno y de las instituciones culturales del Estado. Si en esta, tan documentada como apasionada, pesquisa la Real Academia de la Historia y, sobre todo, su director salen bastante mal parados al estar el foco del trabajo situado en las luchas de poder, en las relaciones personales y en los diferentes objetivos perseguidos a la hora de establecer una historia general de América, en el de Elena de Lorenzo Álvarez, centrado en el estudio de las únicas cinco censuras negativas que entre 1750 y 1805 recibieron las obras de tema americano, el lector encontrará un análisis pormenorizado de las cuestiones que hacían reprobables las obras para los autores de los informes, ninguna de ellas ligada a criterios apologeticos de España. De la documentación aportada la autora extrae una conclusión muy útil para disipar prejuicios: «creo que cinco censuras desfavorables no permiten afirmar que la RAH, como cronista de Indias, modelara el discurso sobre América en el siglo XVIII» (pág. 896). Sin embargo, los estudios de este volumen se cierran con dos trabajos, los de Luigi Contadini y Eduardo San José, establecidos sobre la difusa noción que para el caso americano adquiere el membrete «historia oficial». Si bien ambos parecen tener claro a lo que se refieren, esto es, a una historia triunfalista que legitimaría la conquista y la acción evangelizadora, los problemas comienzan cuando tratan de organizar el corpus y al primero le da algo tan restringido como los «textos de los siglos XVI y XVII y (re-)editados en el siglo XVIII» (pág. 915, n. 1) y al segundo algo tan amplio como las «fuentes impresas y sancionadas por la historiografía oficial, como los cronistas mayores de Indias o los relatos de descubridores, conquistadores, misioneros y pobladores que no hubieran caído en el ostracismo» (pág. 933). Tal vez la inoperancia de la noción se aprecia en el resultado de su aplicación, puesto que tanto Juan de Nuix, como Martín Sarmiento y Benito Jerónimo Feijoo, pueden entrar dentro de la esfera de lo que se considera el «discurso monárquico oficial» (pág. 934).

El trabajo de Armando Alberola Romá y Rosario Die Maculet, dedicado a la expedición geodésica de 1736, fue en su momento la conferencia inaugural de la sección dedicada a la ciencia y las expediciones. Su investigación, además de recorrer con detalle la expedición, está guiada por la intención de dilucidar

la magnitud de la ampliación del conocimiento científico que propiciaron Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Para ello dan información de mucho interés sobre la formación que impartían las academias militares en España, sobre la convivencia con los científicos franceses durante la expedición y lo aprendido por Juan y Ulloa en los casi diez años que mediaron antes de su regreso a la península. Lamentablemente, este saber no responde del todo al título que los autores le dan a su trabajo: «De ciencia y saberes a ambos lados del Atlántico...», puesto que el «espectacular» (pág. 83) bagaje en conocimientos físicos, matemáticos, geográficos, astronómicos, botánicos, etc. con el que retornaron los antiguos guardiamarinas se achaca en exclusiva a lo aprendido por medio de la experiencia directa y las bondades del contacto con los científicos franceses, hasta convertirlos en «auténticos paradigmas de la autoconstrucción del saber» (pág. 89). Bien parece que en este ángulo de análisis los territorios hispánicos de América siguen representando la quintaesencia del espacio natural, *sin letras*, que ocupó en el siglo XVIII en muchas mentalidades, curiosamente, ilustradas, una de ellas analizada por Claudia Comes Peña en este mismo volumen. Todo lo realizado por Jorge Juan y Antonio de Ulloa en territorio americano resulta inédito en el estudio de Alberola y Die Maculet al dejar fuera de plano los avances que, entre otros, los cosmógrafos reales de los virreinos llevaban haciendo en sus particulares territorios desde antes del inicio del siglo XVIII. «En las lejanas tierras ecuatoriales» puede leerse en el artículo, «Juan y Ulloa hicieron compatibles un conocimiento profundo de la física newtoniana con la aplicación práctica de la astronomía, sin descuidar la observación y análisis muy atinado de los recursos naturales —fauna, flora, minerales, etc.— y de la problemática social, económica y político-administrativa de las colonias» (pág. 82). Eso mismo hicieron, por nombrar dos casos señeros, Carlos de Sigüenza y Góngora en México y Pedro de Peralta Barnuevo en Perú, salvo en el detalle de que el criollo novohispano lo hizo en paralelo a Newton.

Un planteamiento parecido en el que la ciencia llegaría a la América hispánica de la mano de las expediciones europeas en el siglo XVIII, es el que subyace en la investigación de José Luis Peset, para el que, apoyándose en las propuestas de Thomas Glick, «Alexander von Humboldt colaboró en la formación de un embrión de ciencia americana» (pág. 728). Se retrasa de este modo aún más tal desarrollo, al datarse su inicio con la llegada de Humboldt a Nueva Granada en los albores del siglo XIX. No deja de ser curioso el peso que tiene esta extraña concepción, ya que en este caso no puede achacarse a un desconocimiento de lo que tanto criollos como españoles europeos hacían en materia científica en Indias: la aluvial documentación sobre la labor de Mutis, los hermanos Elhuyar y Caldas que recoge el artículo es una buena prueba de ello. Asimismo, parece

cuando menos atrevido el criterio con el que Helmut C. Jacobs se acerca a las reflexiones antropológicas y etnológicas de una serie de viajeros dieciochescos, al considerar con verdadero entusiasmo «que solo en el siglo XVIII comenzó realmente el descubrimiento científico del Nuevo Mundo que anteriormente solamente había sido conquistado, colonizado y explotado» (pág. 745). Ese continuo descubrimiento de lo americano (y los americanos) también preside el artículo en el que Florencio Torres Hernández otorga categoría de ilustrados a dos figuras tan prominentes del panorama cultural novohispano como José Antonio de Alzate y José Ignacio Bartolache.

Por suerte, el apartado dedicado a la ciencia cuenta con la investigación de Carolina Valenzuela Matus, consistente en un solvente estudio de la influencia de Plinio en la obra del abate Molina. Su trabajo se abre además a la consideración de la calidad de otras historias escritas por españoles y criollos, desde las pioneras de Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Hernández y José de Acosta, hasta las realizadas en el siglo XVIII por Francisco José Clavijero o Juan de Velasco. Igualmente, la información precisa y bien organizada preside los trabajos de Vicente Ruiz García, sobre la alimentación en las travesías oceánicas durante el siglo XVIII, y el de Emilia Recéndez Guerrero y Martha Alicia Orozco Cabrera, donde se proporcionan preciosos detalles sobre la recepción en Zacatecas, y los territorios colindantes del área central de Nueva España, de la expedición de Balmis.

Junto a los anteriores, otros dos excelentes trabajos de la sección de ciencia servirían para colmar por sí solos el objetivo de profundizar en la situación de América, y las relaciones de España con los territorios ultramarinos, durante las Luces. Son en concreto el que Cayetano Mas Galvañ le dedica al mal de altura y M.<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper al chocolate. Los dos autores demuestran que no hay tema colateral o menor si la investigación se realiza con método, conocimientos y reflexión, a lo que agregan la novedad de que sus trabajos ponen en claro que no todo partió de Europa rumbo a América, que hay cosas, muchas, incluidas las relacionadas con el conocimiento, que hicieron el trayecto contrario. Fijándose en el desarrollo del concepto de mal de altura, «uno de los muchos que la ciencia debe en gran medida al estudio de los espacios andinos» (pág. 770), Mas Galvañ irá documentando en los textos cronísticos que «la existencia del soroche era ya bien conocida por los españoles que vivían en el virreinato del Perú a finales del siglo XVI y principios del XVII» (pág. 771). Efectivamente, durante el siglo XVIII, el mal de altura pudo estudiarse con mayor detalle y fue objeto del interés de los viajeros científicos, de Jorge Juan cuyas observaciones sobre los procesos de adaptación y aclimatación fueron posteriormente «repetidos como propios por Humboldt» (pág. 771), a la información que Antonio de Ulloa



proporcionó de sus propios padecimientos durante el ascenso al Pichincha en 1737, hasta llegar a las aportaciones hechas por José Celestino Mutis, Hipólito Ruiz, Francisco José de Caldas, «plenamente consciente de la existencia de un mal cuya causa residía en la altitud, y no en otros fenómenos ambientales» (pág. 780), e Hipólito Unanue, que fue el primero, según indicación del investigador, en aconsejar, como único remedio frente al mal de altura, la aclimatación paulatina. Las apreciaciones finales de Mas Galvañ deberían ser tomadas en cuenta por los que, estudiando asuntos científicos, piensan que antes del XVIII no hubo nada que no fuera destrozo y, una vez en el siglo XVIII, sólo hubo lo que los expedicionarios llevaron de Europa y se volvieron a traer: «Podría pensarse que la gran difusión de los trabajos de Humboldt había obrado el cambio. Pero las fuentes del peruano [se refiere a Unanue] son más amplias, e incluyen a autores como Caldas, Bouguer, Saussure, e incluso propietarios de minas como D. José Coquet» (pág. 781).

El estudio de Pérez Samper es una fuente de conocimiento igualmente extensa y profunda. Procede la autora realizando un recorrido ameno, comentado e inteligente por la presencia del chocolate en los textos, desde las crónicas de Indias a la literatura médica, sin olvidar los libros de repostería y recetarios. El paso del «xocoalt» azteca, de los tipos y formas de prepararlo que los españoles aprendieron de los indígenas, al chocolate hispánico, transportando los usos de la población de América a Europa y de ahí a las sofisticadas variaciones que se hicieron en el siglo XVIII, sirve para mostrar «el fenómeno de globalización que se vivió en aquellos tiempos» (pág. 818). No otra cosa es que el chocolate se consumiera, siguiendo los ricos datos que aporta Pérez Samper, mezclado con ingredientes españoles (frutos secos, almendras, avellanas, anís, etc.) y especias orientales (canela, pimienta, nuez moscada, clavo). De este modo «productos americanos y productos asiáticos» convergían «en una bebida española, que pasó del exotismo a convertirse en un elemento cotidiano de identidad» (pág. 819) sin perder por ello su carácter mestizo.

Dentro de los trabajos dedicados al ámbito de la literatura se encuentra el de María Isabel Terán Elizondo. Su estudio, titulado «Literatura novohispana en el siglo XVIII», comienza cuestionando la adecuación del nombre, «novohispano», a lo nombrado, la literatura de Nueva España. Para ello se basa en la pluralidad de mimbres utilizados en los libros dedicados a la producción literaria de la conquista a la Independencia. No obstante, el recuento se hace más arduo de lo que podría ser porque la nómina se abre de México hacia toda la América hispánica. La autora encadena preguntas que le parecen irresueltas para el caso de lo que debería ser una literatura novohispana propiamente dicha y susceptible, además, de constituir el pasado literario del México actual.

Enmarca estas en tres grandes apartados a los que debería ajustarse el corpus novohispano para ser tal, uno cronológico, geográfico y político; otro lingüístico; y, finalmente, otro de orden esencialista o nacionalista. Ninguno, si seguimos la argumentación de Terán Elizondo, soluciona la cuestión para el caso mexicano, aunque muchos de los atolladeros planteados no causan excesivos problemas en otras literaturas, también sujetas, cómo no, a atender a textos que se escribieron antes de conformarse un Estado nacional, a países plurilingües, a etapas literarias en las que la lengua vehicular de los letrados fue el latín, a obras editadas fuera de las fronteras, antiguas o actuales, de una determinada demarcación territorial, a autores que ambientan sus obras en regiones del mundo distantes de sus lugares de nacimiento e, incluso, que no tienen entre sus objetivos expresar «espíritu nacional» alguno. Quizá lo más sorprendente del trabajo teórico hecho por Terán Elizondo, fuera de considerar que Menéndez Pelayo confeccionó su *Antología de poetas hispano-americanos* atendiendo a que los escritores «se atuvieran a una poética neoclásica» (pág. 40), sea que buena parte de esas cuestiones ya las consideró José Joaquín de Eguiara y Eguren, cuya *Bibliotheca Mexicana* no se incluye en la bibliografía, a mediados del siglo XVIII, y les dio una respuesta que no limitaba de manera tan drástica el corpus de la literatura novohispana, puesto que para la autora «no sería sino hasta el XVII en que por lo menos la literatura culta empezaría a marcar la diferencia reflejando ese espíritu “novohispanista” y criollista, que continuó y se acentuó en el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX» (pág. 46).

Dos estudios, los de Noelia García Díaz y Rodrigo Olay Valdés, colocan al lector en la senda de lo mejor que los trabajos de historia de la literatura pueden ofrecer, entre otras cosas el conocimiento fidedigno de los autores, los asuntos y el contexto examinado, junto a la investigación documental de primera mano. El trabajo de García Díaz, hecho sobre la base del epistolario inédito de Martín Sarmiento y desde una profunda competencia en el que mantuvo Feijoo, proporciona a los investigadores un utilísimo discernimiento de las redes personales que, a través de Martín Sarmiento, tal cual propone la autora, pudo establecer Feijoo con distintas personalidades del virreinato del Perú. Por su parte, el de Olay Valdés pone de manifiesto los vínculos, esta vez ligados al conocimiento, aprecio y edición de la poesía de Feijoo, en el otro gran virreinato americano, el de Nueva España, donde no resulta un detalle menor que la sutil lectura del romance del Padre Maestro, *Desengaño y conversión de un pecador*, dada en 1759 en México por el impresor y los censores del poema, se esté haciendo prácticamente en paralelo a su edición en España.

Este orbe hispánico que tantos lazos compartía se fracturó, en medio de heridas y rencores de larga duración, en un tiempo récord. Algunas de las investiga-

ciones de este volumen sirven para dotar de contenido al porqué. La primera de ellas la de José María Portillo, donde se muestra la encrucijada política a la que se llegó en tiempos ilustrados, puesto que los pensadores del periodo comenzaron a comprender que una monarquía imperial difícilmente podía constituir una nación. Mucho menos si «quienes estuvieron tras la defensa de las glorias de la nación española tuvieron y sostuvieron una imagen perfectamente utilitaria de América» (pág. 100). Si la afirmación le pareciera a alguien en exceso tajante, puede hacer, en principio, un par de cosas. La primera, seguir la documentada argumentación del trabajo; la segunda, leer algunas de las comunicaciones del volumen reseñado, puesto que allí encontrará pruebas de que a la América hispánica, antes y ahora, no se la consideró «salvo contadas excepciones, como un espacio generador también de gloria española de manera autónoma: ni sus literatos entraban en las nóminas habituales de *nuestras* glorias, ni su historia civil interesó por sí misma sino solo en cuanto permitía medir el mérito europeo» (págs. 100-101). Por supuesto, Portillo no cae en la incoherencia dieciochesca señalada, por lo que su investigación se abre a la revisión de los planteamientos sobre la monarquía hispánica y la nación que dieron Eguiara y Eguren, Alzate, Granados y Gálvez, León y Gama, Fernández de Echevarría y Veytia o Clavijero, y a sonadas polémicas del periodo, como la producida en Nueva España por la Carta a Antonio Carrillo de Manuel Martí incluida en su *Epistolarum libri duodecim*. Tal vez lo único que llama la atención es que la bibliografía de Portillo prescindiera de prácticamente todos los especialistas, hispanoamericanos y españoles, que han estudiado esos asuntos y a esos mismos autores. Pero centrándonos en el caso de los ilustrados españoles, el investigador advierte que «el pensamiento de fondo» que mantuvieron hacia América, no fue diferente del sostenido por «los hombres de letras europeos —como Montesquieu o Raynal—» (pág. 101). La revisión, incluso incompleta, de autores y libros presentes en distintas bibliotecas privadas españolas, realizada por Inmaculada Arias de Saavedra en este mismo volumen, viene a apoyar la idea.

Esa «sistemática inconsideración de América» (pág. 101) que advierte Portillo en el XVIII, puede refrendarse también a través de las investigaciones dedicadas a la prensa de este volumen. Maud Le Guellec confirma, en las páginas de cinco publicaciones madrileñas, el *Memorial Literario y Curioso de la Corte de Madrid*, el *Diario de Madrid*, el *Correo de Madrid o de los Ciegos* y el *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa*, lo que pudo leerse sobre América en las últimas décadas del siglo XVIII y primera del XIX, constatando que «lo transatlántico [...] no forma parte de los temas de predilección de la prensa de las Luces. Así, las noticias relativas al continente americano desaparecen a menudo de las páginas de los periódicos durante seis meses, un año o incluso más»

(pág. 692). El cariz de las noticias ligadas a los territorios americanos incide en asuntos del interés del pensamiento del siglo, por lo que América aparecerá en los debates morales unida a la esclavitud o vinculada a asuntos económicos sobre los beneficios o desventajas que España tiene por la posesión de la Indias. Le Guellec señala la vigencia que, en España, para periodistas y lectores, mantenía la imagen del continente indisolublemente unida a su descubrimiento y conquista. América, además, era una fuente de noticias con la que saciar (o modelar) la atracción de lo exótico, «el gusto pronunciado por las rarezas» (pág. 698) del siglo XVIII. No importa que la lectura que Klaus-Dieter Ertler realiza sobre el mismo asunto, esta vez en las páginas de *El Pensador*, *El Censor*, *La Pensadora Gaditana* y *El Regañón General* como término de comparación, resulten como estudio menos sistemático que el anterior porque, aun así, de él se extrae la visión de América que tenían los redactores y se extendía hacia los lectores de esas cabeceras: un territorio productor de riqueza, objeto del pensamiento económico, tanto como un espacio inquietante del que provenían malas costumbres y desajustes de la vida social para España.

Si eso pasaba en la prensa del XVIII, lo que ocurrirá al calor de la crisis del XIX puede seguirse en el minucioso artículo que Fernando Durán le dedica a la cobertura informativa, entre 1810 y 1814, del conflicto americano en la prensa de Cádiz. El autor analiza cinco periódicos liberales, *El Conciso*, *El Observador-Cortes*, el *Semanario Patriótico*, *El Patriota en las Cortes* y *El Duende*, junto a la cabecera más antigua «y tradicional de la ciudad», el *Diario Mercantil de Cádiz*, y otro «de contenidos más extensos y variados», el *Redactor General* (pág. 681). Si en los primeros encuentra «una manifiesta tendenciosidad a favor de los liberales de la Península, hostilidad hacia las quejas americanas y una prisa enorme por cerrar una herida [la provocada por la representación desigual de los territorios en las Cortes], que pensaban nunca hubiera tenido que abrirse» (pág. 678), en los dos últimos, aun apareciendo algún que otro artículo de defensa de la población americana leal a la Corona o abogando por la contención «para no fomentar las posturas extremistas» (pág. 683), sigue manifestándose, según señala Durán, la misma falta de interés por los asuntos americanos y el menosprecio del problema constitucional que representaba para la «nación» la insurgencia americana. Después de aprobada la Constitución, se redobra «la insignificancia en cantidad y calidad de lo relativo a América» (pág. 687) y la Guerra de Independencia se resuelve en «insultos contra los insurrectos» (pág. 688), no pudiendo Durán encontrar más que tres artículos con propuestas para que la unión se perpetuara con acuerdos pacíficos, mientras que «en el escaso resto de artículos que mencionan el tema solo interesaba la resolución militar» (pág. 688).

Los estudios dedicados a las obras teatrales españolas, de la etapa de las Luces, en las que aparecían asuntos americanos vienen a corroborar la imagen popular que de América se manejaba. Beatrice Schuchardt estudia la presencia de América como espacio de oportunidades económicas para los españoles en cinco obras escritas por Luciano Comella, María Rosa Gálvez, Tomás de Iriarte y Francisco Durán; Alberto Escalante Varona, los estereotipos sobre América manejados por Manuel Fermín de Laviano en *La española comandante*, donde España representaría el orden inmutable que emanaba de la corona y la religión; y Epifanía Abascal Sherwell Sánchez, la representación del indiano y del criollo en el teatro breve, donde la misma indefinición que se podía ver en la comedia española respecto a la permutación de «indiano», «criollo», «indio» o «negro», se adueña a veces de un trabajo que, no obstante, analiza la función de gracioso que le correspondía al indiano o la caracterización, que no causaba sobresalto en el público, del criollo a través de jocosas deformaciones de sus usos del español y de «bailes afroamericanos» (pág. 673) que los identificaban. Asunto también puesto de manifiesto en el estudio de Cristina Roldán Fidalgo en el que negros, criollos y gitanos venían a representar, en los sainetes de la época, la oscura y algo salvaje otredad por lo que «solían interpretar bailes con movimientos exagerados que comprendían meneos y taconeos. Musicalmente, por lo común se acompañaban de instrumentos de percusión muy simples como sonajas y panderos; las melodías que cantaban y bailaban resultaban asimismo muy sencillas, pero con una gran fuerza rítmica que se reforzaba además con juegos de palabras y repeticiones rítmicas en los estribillos. Todo ello servía como presentación en escena de estas figuras e iba tan indisociablemente unido a ellas que, cuando ejecutaban otro baile, se justificaba» (pág. 545).

Así las cosas, no es extraño que los protagonistas de la rioplatense Revolución de Mayo, la primera de la insurgencia hispanoamericana, desarrollaran, tal cual estudia con detalle Beate Möller en su excelente investigación, el ilustrado concepto de la felicidad y este les llevara a pensar que mejor empezaban a caminar solos.

VIRGINIA GIL AMATE